

EL ARTE POÉTICA DE *SINO A QUIEN CONMIGO VA*, DE RAFAEL ESCOBAR SÁNCHEZⁱ

Miguel Ángel Rubio Sánchez

(Universidad de Murcia)

mars131981@gmail.com

Fecha de recepción: 21-1-2018 / Fecha de aceptación: 4-5-2018

RESUMEN: El arte poética de *Sino a quien conmigo va*, de Rafael Escobar Sánchez es un estudio / aproximación de calado exegético-hermenéutico, realizado de manera global sobre todos los poemas que conforman cada uno de los apartados. Todo ello se ha llevado a la práctica, previo aparato introductorio, bajo la luz de las cinco claves poéticas, que el poeta nos ha legado con el marbete de cada uno de los capítulos.

Palabras Clave: Poesía española contemporánea, Rafael Escobar Sánchez, estudio, arte poética.

ABSTRACT: Rafael Escobar Sánchez's *Sino a quien conmigo va* poetic art is exegetic and hermeneutic research / approach, realized in a global way on all the poems that make up each one of the sections. All this has been put into practice, once introduced, under the light of the five poetic keys that the poet has bequeathed to us with the label of each one of the chapters.

Key words: Spanish contemporary poetry, Rafael Escobar Sánchez, research, poetic art.

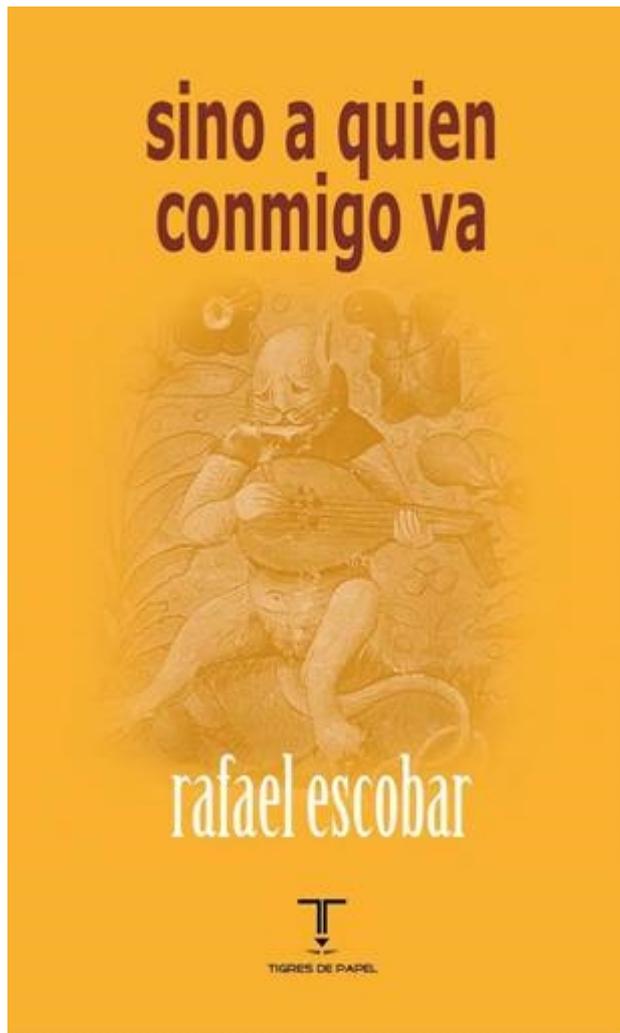
"A los profesores D. Francisco Javier Díez de Revenga y Doña Marina Bianchi por su ejemplo y sacrificio."

1. Introducción.

“Sino a quien conmigo va”ⁱⁱ es el emblema poético con el que Rafael Escobar proclama su deliberada admiración por la figura del receptor, y también, dentro de los fundamentos de su arte poética, rubrica así un modo de entender la poesía, en el que el lector forma parte de la línea de acordes de su filosofía vital. Este poemario es un gran exorcismo poético, configurado como trasunto de la conversión de las miserias existenciales en poema, en el circuito comunicativo de la obra como confesionario, al estilo de las poéticas de Louise Glück, Vicente Cervera Salinas y otra suerte de tradición con raigambre más castiza. Véase el texto homónimoⁱⁱⁱ al título del poemario:

En cada grito de la uña rota un pájaro,
una estrofa dichosa de origen
que será luz de siembra entregada al viento
y mostrará que el dolor es solo apariencia;
por cada golpe, un caballo encendido de aire,
un puñado de gracia limpia de semillas
que haré crecer en la avidez de un cuerpo
con el fuego tibio de una confianza,
algún dominio de claro amor intacto
en cada hueso que sufra el vacío al fondo,
velaré el presagio del nombre,
un trazo de fábula y caligrafía pura
deslumbrando la orfandad del cielo
como un salmo firme de herencia
que no pasará, que no diré
sino a quien en resista en pie después del odio,
a quien aún cante entre el cierzo mudo de los muertos,
sino a quien conmigo va.

(Escobar Sánchez, 2017, págs. 116 y 117)



2. Sobre la sección primera.

En la primera parte de este hábeas poético, "Avería y redención"^{iv}, predomina una suerte de textos en los que el vate hábilmente ha sabido aunar la reflexión sobre el paso del tiempo –en el sentido de Eloy Sánchez Rosillo– con los principios del canto cerveriano. Por ello, predomina un sustrato de base emparentado con la concepción guilleniana: la conquista de la felicidad se procura asumiendo estoicamente que hallarse consiste en asumir la renovación eterna en el circuito de la naturaleza, por principios cíclicos y nuestra asunción caducifolia.

Sólo aquel que porta los vestigios de haber luchado por la superación del propio tiempo, recalando en la eternidad, podrá afirmar que ha habitado poéticamente esta tierra (la que nos engendra, la que maltratamos y la que después benevolentemente nos acoge en su seno para formar parte, en un

gesto dadivoso, de un paradigma superior). Así, Rafael Escobar, desde el modesto rol de aviso para navegantes existenciales, se nos revela como un ser dichoso, que ilumina senderos al lector, con un canto sapiencial y visionario, por ejemplo, el poema "arrugas":

Ahora que el tiempo mide su anchura contra ti,
que la juventud huye en la piel ansiosa
mostrando su materia falaz de espejismo,
llena tu voluntad de aliento, esfuérgate,

concilia los brotes podridos de tu sueño
para convertir en virtud
el ímpetu de verdad que pudo ser;
no dejes que la nana errónea del odio
o el peso de dolor de lo perdido
te vuelva ciego al pan latente del milagro,
ingrato al brillo del placer
que fue ventura un instante en tus manos,
no perjures, no blasfemes la gracia del deseo
si aspiras a que el cierzo de estas arrugas,
de estos senderos raídos de un hombre agotado,
sean muescas de una belleza perdida en su culmen,
medallas que atestiguan la lucha por la dignidad
y no los surcos de rabia y muerte estremecida
que delatan el paso de la serpiente.
(Escobar Sánchez, 2017, pág. 19)

En este mismo apartado, hallamos al oficiante de poesía como un ser épico que está llamado a acometer un destino superior: el escaldo queda esculpido como médium entre lo humano y lo divino, para ofrendar a la figura del lector con los milagros que testimonia y que suceden en el curso del devenir, pero en palabras de Cernuda su aspiración cenital y victoria es la propia muerte, porque está asido su canto al circuito de lo imperecedero. El poema "Primera nada" así lo atestigua:

Mi primera nada no era como la definitiva,
como la que me aguarda tras un ciclo de tiempo vano
tropezando las sendas del extravío;
mi primera nada era un apremio de semilla,
una sombra herida de sol que transparentaba
el augurio de piel ofrecida que incendia el vacío,
un labio colmado de aliento de porvenir
que desafiaba la apariencia de la muerte
y ensanchaba en su canto la previsión del fruto;
mi primera nada era el presagio claro de mí mismo, de todos
los que alzamos una boca de sed compartiendo este aire
que sustenta la ruina de nuestro anhelo;
nada pequeña, nada delgada con dedos de niña,
nunca volverás a ser rosa presentida en mi sangre
y se hará el tañir nacido de tu lumbre
un eco tan lejano como el sueño de la infancia;
nunca mi inexistencia será una tierra de promesa fértil
donde se escuche entre pobreza removida el latido
de nacer para el ser dueño feliz de cuanto amo.
(Escobar Sánchez, 2017, pág. 41)

El rapsoda ejecuta su melodía existencial sobre la superación del sentimiento nihilista, donde asevera que hay que habitar los sepulcrales vacíos y el aletargamiento vital con música inspiratoria que proclame los latidos de la vida por sobre las costuras desasidas del tiempo; para ello es menester incardinar el curso de los días a un anhelo de superación y a la conquista del deseo, aunque éste no se pueda materializar, *verbi gratia*, en “Esperando la plenitud”:

Esperando la plenitud, su alto jornal de lumbre
o siquiera una hebra pálida de su memoria,
aguardándola para paladear su vigor de fruto,
de aire mimado en el ala,
pero también para escribirla,

para mudar este canto en un descargo de conciencia
por quienes rastrearon ruina abajo en mí
evidencias para maldecir el triunfo de la vida,
tiempos me cegaron de vergüenza,
años débiles que no acogían la palabra
sin el consenso turbio del dolor,
pero ahora sé que el brillo de esta mañana
es armonía que también concierne a mi voz,
que le ofrezco, encendido, los signos más puros,
ya vencidos por el daño de la edad
pero aún de júbilo limpio en su savia,
así que sigo esperando el tacto de alguna claridad,
mientras asoma en los miradores de piedra el mar
como el mandamiento de luz que aguardo,
y el mundo se repliega al asombro de su juventud,
se aviva en el centro de su inocencia para ser
el terco amor de su posibilidad.

(Escobar Sánchez, 2017, págs. 28 y 29)

Dentro de este primer cuerpo nuclear, también hallamos textos en los que se erige como verdad el descenso del poeta, desde la cripta del milagro, hacia el contexto más inmediato, con la intención de aprehender que la encarnadura de lo humano –de la que él participa– está construida sobre la base de lo apócrifo y de la máscara. Rafael Escobar, lejos de los artificios del teatro en la construcción de la identidad, aboga por un semblante vital en el que el exorcismo de las miserias humanas sea un trasunto con el que incardinar el acontecer hacia la sinceridad preclara que lo ha de coronar; se trata de un yo que se repliega en la humanidad y en la búsqueda del anonimato, en pro del exilio de los roles demoniacos que lleva pareja la asunción de rapsoda. De este modo, el despojamiento intelectual es un recurso con el que abrazar la humildad que está dispuesto a conquistar. En el poema es “Un don”¹⁷ se puede rastrear esa mecánica:

No hay ningún don,
llegamos al oficio de nadie de la poesía

por la gracia cruenta de los golpes,
por el puño o el cerco morado de ojeras
que deslumbra el corazón de las zarzas,
ningún latido aéreo del espíritu
conduce a la siembra vana de la palabra,
ni música extremada de alas,
ni talento,
sólo el precepto ruin de la necesidad,
el enjambre de ruidos huecos del dolor
tentando la pureza de los signos
como retales que babea el vértigo,
no me alumbra ninguna claridad,
ni viene del cielo,
no transcribo el presagio de ninguna plenitud,
sólo el pulso encarnizado con el hombre que soy,
que vaga impúdico entre sus límites,
que sonrío en el filo de la horca
y se atreve a mentir el nombre de su huida.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 26 y 27).

El periplo épico-poético del héroe estriba en saber que está llamado a regentar un destino superior, asumir que formas partes de un escenario proverbial, arcano y mágico, para erigirte –para deleite personal y comunicativo– como un deudor de cuanto te cerca, y que no tiene más aspiración que la perpetuarse en sucesivas metamorfosis, en pro de un yo menos imperfecto. Así, como en la mística, aparece un yo sombrío que espera la llamada de la luz, para comulgar con esta idea y hallarse pleno: las palabras abrazan la luz para iluminar los itinerarios existenciales “Primer idioma”^{vi} sería ejemplo de ello:

Un idioma nuevo, y a la vez tan viejo
como la trama atávica del mundo
creciendo en la materia primera de su inocencia,
un alfabeto que no sean astillas,
vainas mudas de un concepto,

sino la misma cosa ofrendando la voz de sí,
recreándose en la alabanza de su euforia,
una caligrafía mínima de infancia,
un lenguaje que incendie el pulso del instinto
y celebre la consumación del mundo en su libertad,
un idioma semilla sin signo
y en el mismo vaivén de su pureza,
profundamente inútil,
pues porta la cadencia invisible de un mensaje
que no requiere glosa de palabra en su alegría.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 106 y 107).

La dimensión de esa plenitud queda ceñida a los circuitos osmóticos que posibilitan la regeneración comunicativa, al diálogo intertextual, a la renovación temática, a la metamorfosis identitaria, al tiempo cíclico de los griegos como un encarrilado del trasvase de la anécdota hacia la dimensión universal, en definitiva, la trascendencia de la muerte, la finitud hacia una acepción juanramoniana y guilleniana del existir. "Derecho a la primavera"^{vii} es la praxis de lo expuesto:

Derecho a la primavera,
a la miel de sangre temprana del fruto
que alumbra el aire del día,
contra vuestro dogma de odio,
contra la ceguera impuesta,
contra vuestras alambradas
defiendo este oficio firme de ser
cuanto susurre el delirio del viento,
el corazón en voz de asombro de la tierra,
tengo, como una savia de plenitud en mí,
el latido enérgico de todas las siembras,
una muesca de alabanza por venir
que estrecha el cielo como la rúbrica de un don,
soy de una raza que inventó el nombre del agua,
que se sabe eterna, pionera del sol,

que no teme el afán turbio de la sombra
porque conoce el dictado de infinidad en su retorno,
porque sabe que el parto inverso que llamáis morir
es el regreso al instante de gracia de la semilla.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 20 y 21).

La *inventio* de los poemas está articulada intertextualmente con los autores que han tratado esa temática^{viii}, donde, a través de la confrontación de artificios barroco-dicotómicos, hallamos el vertebrado de los devaneos intrascendentes, sobre las capas del vacío, para adquirir conciencia de madurez, mientras que se camina con pasos erráticos en un mundo caduco y efervescente hacia la desolación de la quimera. A título ilustrativo señalaremos "En una esperanza que salió vana"^{ix}:

Impúdica osadía el querer amar,
el trazar un camino de redención
al son mísero de la propia carencia,
el creer mudada en otro barro
la semilla ansiosa que dictaron daños y naufragios,
oscura sinrazón el querer ser amado,
creerse capaz de asumir el anhelo de otro
como si no fuera el peso de alas de sombra
que sepulta el confín del cielo,
penas, tareas de herrumbre que salen vanas
y nos ganan el desastre como a niños
castigados por repetir la blasfemia que es su verdad,
torpe, ciega osadía el amor
y más aún el empeño de su testimonio,
la usura de ser palabra como una triste alquimia,
el llenar páginas como siembra de la pérdida,
pájaros que refrenan el paraíso sin memoria
de un cielo que nunca ha ardido.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 22 y 23).

Enunciaremos como tema recurrente dentro de la poética Rafaelita, el tema de la humildad, puesto que siempre hay una concepción cenital en saberse absolutamente prescindible; entonces la idea de lo humano queda como una desnudez intelectual que sirve para predicar la esencia de lo consustancial: soñadores de quimeras que son retratados en sus miserias existenciales. De hecho, en otros poemas, la máscara sirve para exorcizar la esterilidad y el fatalismo humano: ángel con grandes alas de cadenas que sueña ser uno y otro, y que clama a Dios, como Lorca, inquiriéndole el porqué de esta línea de sufrimientos. Por ejemplo, en el poema "los muertos"^x aparece el motivo tanático, muy en la línea de las preocupaciones rafaelescas, como un momento necrodialógico y osmótico en el que el bardo se testimonia como un ser llamado a trascender la dimensión material y física, en pro de un incardinado hacia una vocación trascendental y panteísta. También deja entrever los mecanismos alucinatorios y las perturbaciones de la psique en el barrenado al que somete lo que concierne a lo humano en su esencia universal, desde el radiografiado de las miserias particulares:

Los muertos son invencibles,
en su nada se dilata una leyenda de virtud
que nos abochorna,
que nos hace irremediablemente peores
al enfrentarnos a un horizonte de grandeza insondable
que ofende el agravio de nuestros límites
y no podemos superar,

los muertos son antítesis viva,
el centro de una paradoja,
fondean la arena inerte del vacío
y sin embargo de su ausencia nace todo aliento vital,
todo instinto que persigue el triunfo de la dignidad
es alabanza que se pronuncia en nombre de los muertos:
el amor, como una boca de miel colmada por su abandono,
el compromiso, como una bala de rabia prendida por su

[silencio,

la palabra, como un juego de espejos de impostura
por su lenta belleza arrumbada,

los muertos son mi pasión,
con ellos comparto mi rabia y mi pan y charlo
en tardes de alegría o tintura morada de angustia
bebiendo el tuétano de su saber ácido con los ojos,
los muertos son mi idolatría
y paso este trámite inútil antes de engrosar su reino
soñando algún rastro de amor auténtico
en cuya verdad puedan sentirse orgullosos de mí.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 37 y 38).

Rafael es consciente, en su diálogo con Cernuda, de que una cosa es la realidad y otra es el deseo, y de que entre ambas semánticas naufraga la palabra felicidad; por ello, para superar ese contexto distópico y continuo es menester ir hilvanando sucesivas definiciones / proyecciones de yoes, que caminan hacia el yo de la madurez. El poeta riega con su sangre las palabras, para posibilitar el sentimiento de trascendencia con lo otro. También existen conexiones con el yo celebrativo de Sánchez Rosillo, donde se reivindica la figura del poeta como un ser que gravita en torno a la luz; el elemento lumínico es la esencia del poema y de la magia. Aduciremos para dilucidar lo expuesto "El día de fiesta"^{xi}:

Demandan tu alegría,
llevan a tu puerta los ramos del sol nuevo en mayo,
los cantos sencillos de los templos,
y tú te los echas ávido a los ojos,
convencido del triunfo alto de su ser,
feliz en el esfuerzo limpio de tu desmemoria;
por un día aceptarás la vida que aún ofrenda su vuelo,
te darás al vigor de su pujanza
como si no supieras que la muerte mordió los frutos
y el amor se voló a su hueco de sombra;
por un día te sabrás promesa de hoy,

venderás tu inocencia por los trigales como una joven
que codicia el peso violento de un cuerpo
donde aprende que amar es morir en su contrario;
hoy serás también mano entregada,
aunarás la voz en un salmo de comunión de todos
y en ti se encarnará entre prodigios la sabiduría
que revela la felicidad como la fuga de un don,
un sueño breve de raíz de agua,
una semilla sin pan ni aliento en su mañana
cuyo nombre es la belleza que no se puede poseer.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 79 y 80)

3. Sobre la sección segunda.

“Homenaje”^{xii} es el segundo apartado constructivo del poemario, donde el escaldo se afana en la visión proyectiva sobre los otros de uno mismo, en pro de radiografiar la futilidad del ejercicio poético; el yo ahora se erige como portavoz de un nosotros para revelarnos su derrota: la recreación final en la soledad y la imposibilidad de un mundo que se niega a cambiar, para que la realidad y el deseo sólo puedan ser disyuntivas y no convergencias. Surte ahora una serie de poemas en los que se predica un sentimiento de orfandad, y sin más asideros que las costuras del nihilismo. El apartado en sí, como el propio poemario, está emparentado con la música; así el poema “el día de fiesta”^{xiii} se ofrenda como un contrapunto y unos compases de espera con el que honrar, más allá de los tonos nostálgicos y ávidos de melancolía, la vida que bulle. En ese papel de confidente, portavoz al modo de la poesía social, vemos a Escobar recreándose en *collage* postmodernos, donde expone como la soltería incardina el curso de las vivencias hacia un circuito de soledad, al modo de los cuadros de costumbres y tipos de las sociedades postindustriales, que contribuyen a la descremación del ser y al perfilado de los nuevos moldes sociales. Sigue insistiendo, más allá del homenajeado y en la revisitación de tópicos y motivos, en la proyección de lo anecdótico hacia ámbitos reflexivos. El bardo queda testimoniado como un ser condenado a escuchar los latidos del alma de las cosas, por ser un repudiado existencial y un

pusilánime, dentro del ejercicio de la humildad, que hasta ante los ojos de la muerte despierta lástima. En "Así somos"^{xiv} materializa este sentimiento:

Así somos, extraños,
llenos de ritos fosilizados y manías,
inútiles
para ese proyecto de intachable sensatez burguesa
de la perpetuidad de la raza,
a veces nuestra irrisoria aventura
se perpetúa una infinidad de años,
sobrevivimos gracias a ese don sórdido de longevidad
que proporciona ser insensible
a cualquier género de dolor que no sea el nuestro;
suscribimos la existencia del amor
por algún tipo de superstición mitómana,
pero nos acostamos con cualquiera
que reclame nuestro cuerpo
sin recurrir a esa falsía de la compasión para justificar
ese peso de ruido y alas mudas
que gime en el roce de la carne en ruina;
somos raza de pobres, niños malcurados
que se marchitan con ese asombro ligeramente grotesco
de cuanto encuentra su límite
sin cumplir la suerte que les prometió el tiempo,
dormimos poco y nos alimentamos mal,
estamos siempre al borde de una muerte ridícula
por capricho diletante, politoxicomanía
o simple tedio,
y en nosotros no es morir propiamente
un cambio de estado
más bien el ciclo final de un continuum
de vida más próxima al vacío de su negación,
así somos los solteros,
todo cuanto nos duele por errático y provisional,
los ángeles de sexo opaco en que se abriga la derrota,

los interinos de Dios.

(Escobar Sánchez, 2017, págs. 83 y 84).

4. Sobre la sección tercera.

En el apartado "Ellos"^{xv}, los textos se incardinan –referencialmente y dentro del capítulo de homenajes– al orbe de la familia, y predica que los factores contextuales matizan el alma de las cosas. Comienza el apartado, dentro de la postmodernidad y de sus desrealizaciones, como una suerte de autorretrato de la conciencia de nihilismo que ya llevaba impregnada en la propia semilla de la que habría de emerger, aunque gracias al nuevo enfoque se revela como un canto esperanzador, que posibilita despejar la ecuación del destino que está llamado a officiar. A título de ejemplo añadiremos "In útero"^{xvi}:

Cuando aún residía en la nada,
mi madre estaba deprimida,
era el último poso amargo de la juventud,
mi abuelo muerto de cáncer,
o tan sólo este hábito encarnizado del dolor
que a todos nos nubla de frío el amor
y nos talla un ataúd a medida con su peso.

Cuando aún la niebla cegaba la orilla de mi nombre,
la tristeza me cercaba,
velaba la huella inminente de mis pasos,
yo la lamía, la presentía adivinando su hiel
entre la luz que coloreaba las células,
era mi sangre, mi cebolla,
la grieta de sombra que hería el cordón umbilical
mezclada con los azúcares del mañana
y la profecía autocumplida de ser cuerpo
para darle una tierra vencida donde crecer.

Hoy, hecho carne oscura a su medida,
aún pienso en cómo desasirme de su lastre,

cómo deshacer la garra de su nudo de ahorcado
y abrir la fábula del sueño hacia el hombre
que canta su alabanza en el centro de la vida,
más es tarea que reta en su afán lo imposible,
quimera vana de ciegos, labor de topos,
bien lo sabes:
tan inútil como querer repudiar la genealogía de orfandad
que te aguarda callada en los ojos de tus muertos.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 93 y 94).

Sigue perpetuándose en el retratado de un ser que se complace en la aceptación primigenia de su definición, pero también en el diálogo con sus yoes por procedimientos especulativos. La topografía que instila/destila permite revelar las certezas que acucian al poeta, y le sirven como pretexto para proclamar hecho canto y verdad el don de la vida que regenta, y que vocacionalmente como destino ha de cumplir. Su misión exige preceptos contractuales con el *fatum*; es necesario asumir futuros roles y saber de manera proyectiva cuáles se han de adoptar. Texto iluminativo de lo reseñado sería "Aristócratas y plebeyos":

El día que mueran mis padres
mi orfandad será un desastre consumado, definitivo,
un dolor mezquino como solo puede ser lo real
me dará la medida del peso del tiempo
y ya no habrá literaturas,
no será mi padecer
el gesto perversamente elaborado de una farsa
o la pose que delate la rabieta de un niño mimado,
vagaré en la sombra de un extravío cierto,
seré un otro sin nadie, podré ser juzgado
con el mismo rigor imperturbable
con que sentencié a los demás,
nadie alegará la gracia piadosa de una disculpa
ante la evidencia de mi ruindad,
afirmaré con queja legítima que carezco de un amor

que sea el andamiaje del aliento cuando caiga
fatigado del barro sin ala de los días,
y, en definitiva,
comprenderé con mi boca sin mañana y con mis huesos
que no concierne al hombre otra manera de aristocracia
sino la de ser amado de forma incondicional.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 97 y 98).

5. Sobre la sección cuarta.

En el capítulo de "Silencio palabra"^{xvii}, el sentido paradójico iniciático sirve, primigeniamente, para horadar en la necesidad de derrocar el silencio con signos que testimonien el anonimato, para dar cuenta del vacío inerte y revelar nuestra irrelevancia. En otras ocasiones, las palabras aparecen como los medios materiales con los que se ejecuta un crimen, con el que seguir incidiendo en los confines del alma nihilista que se palpa en esta especie de cirugía poética; los vocablos dejan un sentimiento de esterilidad, como huellas o vestigios, que proclaman la inefabilidad y su insuficiencia para trasvasar las experiencias líricas a textos. También preludia la deconstrucción del lenguaje para volver a postulados edénicos y libres, más allá de las ataduras racionales y de la conversión del alma viva de las palabras en un cementerio de lexías. El elemento inspiratorio se exalta como un instrumento que, a través de las palabras, ahoga los intersticios del silencio. Finalmente, también se dispone el lenguaje como un medio para conquistar la otredad, y como un trasunto metafórico-alegórico que de manera perturbadora, como ecos, dejamos en los otros. Es la logomaquia de un yo poliédrico y polifónico que se recrea como portavoz de un nosotros futuro y contrapunteado, por ejemplo, en "Ausencias después"^{xviii}:

¿Qué pensarás, como reaccionarás, amor,
cuando, pasado el tiempo suficiente para confirmar nuestra
[derrota,
por efecto de esa intuición lúgubre que guía el error
y un rumbo de azar que no podemos calificar sino de
[fastidioso
tropezos con las líneas de amor que me dictó tu anhelo?

Si estoy vivo, ¿me agredirás,
prenderá tu odio legítimo contra mí o tu doble,
me vendrán pleitos,
querellas legales por apropiación de tu nombre
para el ejercicio de mis ocios siniestros?,
si he muerto, ¿los invertirás en crear algún tipo de mito,
los recitarás con una cadencia de gravedad solemne
que delate un rastro de nostalgia
y hasta cierta culpa por el agravio de la redención que no
[fuiste?

Pero ante todo, ¿serás capaz de reconocerte,
te sabrás entre una visceralidad tan obvia que no precisa
[nombrarte?,

¿algún capricho de la letra como ser vivo
o traición de la sangre ciega en su euforia
nos revela el secreto importuno de que nos escriben?

¿Qué instinto con hambre de verdad querrá decirnos
que nuestra ceguera prende en otra vida,
que incluso cuando sufrimos
y vivir nos es aplicada previsión de la muerte
estamos siendo el aliento de un manuscrito que crece en otro
[pecho

y rara vez tendremos la dignidad de merecer?
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 110 y 111)

6. Sobre el epílogo.

En "Epílogo"^{xix}, el rapsoda proclama que el canto sincero de la poesía sólo puede manar de un circuito de vivencias pleno, en torno al amor como motor primigenio. Rafael Escobar, en un acto de liturgia poética, está dispuesto a acometer este martirio, en pro de ofrendar con *verbum* a quien, como él, realice los preceptos ascéticos exigidos. Lo hallamos en el texto "Vivir":

Por si desdice el aliento de mi certeza algún verso,
firmo aquí mi declaración insobornable de vida,
cómo amo el azar incierto que afirma tu vuelo,
cómo bendigo tu tiempo alto de siembra que me envejece
aun sabiendo que me exige un pacto de fidelidad
con la primera huella de genealogía que me ofrendó el dolor,
cómo amo compartirte con seres gemelos en su fragilidad
que levantan la piel ofrecida de algún amor
y al instante negarte con la avidez del delirio,
con fábulas blancas o canciones de agua
que lindan su voz con la fe en lo imposible,
cómo amo, vida, la fortuna gratuita de tu juego,
tan turbio y falto de inocencia como el *fatum*
que me hizo buscar un perfil de tu eco en la palabra,
cómo me soy en la trama de miel de tu sueño,
y qué carga atroz de sufrimiento me pesa
en la verdad de dejar esta gracia entera de tu abrazo.
(Escobar Sánchez, 2017, pág. 115)

6. Conclusiones.

Para concluir, advertiremos que se trata de una lírica de calado poroso, permeable, dialógica, entretejida intertextualmente con Claudio Rodríguez, Quevedo, Antonio Machado, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Borges, Jorge Guillén, Carlos Marzal, Gil de Biedma, Blas de Otero, Lorca, Manuel Machado, Francisco Giner de los Ríos, Octavio Paz, Fernández de Andrada, Boecio, Séneca, Platón, Aristóteles, La Biblia, Baudelaire, Horacio, Vicente Huidobro, Gerardo Diego, G. Santayana...

Éste es el héroe épico-poético, Rafael Escobar Sánchez, que se postula como un Virgilio que escribe la epopeya de su vida y que se auto-dignifica, pero que sueña ser un Ovidio; éstas son la hazañas metafísico-existenciales: capturar milagros para tergiversarlos en poemas que rezuman vida en su verbo hecho carne, y proclamarse poeta del *logos* al incardinar la anécdota hacia la reflexión, aunque la vocación primigenia sea la conquista de la paz; éste es el contexto donde lidia esta peculiar cruzada,

derrocando silencios y andando sobre los escollos del atroz imperio del sufrimiento, un mundo distópico y arropado de máscaras que proclaman el desdén hacia lo no material; éste es su momento, la posmodernidad, donde conviven –con frenesí– amalgamas contradictorias de acontecimientos que se suceden con vértigo, y donde los contornos identitarios de lo verdadero se han diluido en la poética del intersticio. Por ello, cual D. Quijote, reclamamos tu presencia, en pro de que la realidad se aproxime al deseo, y de que el mundo recupere su equilibrio tántrico, mientras nos revelas que, por sobre la civilización del espectáculo, la quimera sueña ser contada y recreada. Retrotraigamos aquí las enseñanzas que nos lega nuestro escaldo en "*De consolatione philosophiae*"^{xx}:

Cuando el dolor estrecha ávido su cerco,
cuando te han difamado las sierpes viles del odio
y solo queda como rastro de pérdida en tu nombre
el veneno amargo de la injusticia;
sentir que una serenidad brota firme en la herida,
que, involuntariamente, te alza un pulso de luz
y la sabiduría repliega su provisión de fruto
hasta el vuelto alto de la esperanza;
no hay rendición posible para el hombre pleno,
para quien se educó en el pudor vehemente de la belleza
y ha descubierto, endureciéndose manso en la virtud,
una promesa indeleble de la unidad de todo;
triste, humillado y rota el ala,
aún brota en la carne ciega el consuelo,
y la vida todavía aguarda su triunfo,
el instante de gracia y ebullición de la rosa
que anuncie como un presagio de aliento
el nombre de savia intacta de la dignidad.
(Escobar Sánchez, 2017, págs. 81 y 82)



7. Bibliografía.

ESCOBAR SÁNCHEZ, R. (2010): *Todo el mundo debería ser apedreado*.

Toledo: Editorial Melibea (Excelentísimo Ayuntamiento de Talavera de la Reina).

----- (2012): *Repartir los huesos / Caridad y claridad*.
Valencia: editorial Cocó.

----- (2014): *Cerca de la herida*, con prólogo de Miguel Ángel Rubio Sánchez. Madrid: Tigres de papel.

----- (2017): *Sino a quien conmigo va*, con prólogo de Juan Senís. Madrid: Tigres de papel.

i -. Rafael Escobar, natural de Belmonte, es un poeta español que se licenció en Filología Hispánica, y desde 2003 ha trabajado como profesor de Enseñanza Secundaria, actualmente ejerce la docencia en el IES Jorge Manrique, de Motilla del Palancar (Cuenca). En 2005 ganó el primer premio del Certamen de Jóvenes Artistas de Castilla-La Mancha en la modalidad de poesía, fue seleccionado para la antología de joven poesía manchega *Inmaduros*, de Jesús Maroto; ha publicado poemas en varias revistas literarias como *Turia* o *Ex-libris*. En 2009 obtuvo el XXV Premio de Poesía Joaquín Benito de Lucas con la obra *Todo el mundo debería ser apedreado*, publicada por la editorial Melibea de Talavera de la Reina en 2010; en 2012 publicó los poemarios (recopilados en un solo volumen) *Repartir los huesos* y *Caridad y claridad* en la editorial valenciana Coco; recientemente, a finales de 2014, apareció *Cerca de la herida* en el sello Tigres de Papel; y con este

volumen de *Sino a quien conmigo va*, aparecido en septiembre de 2017 concluye de momento su periplo bibliográfico.

ii -. Escobar Sánchez, R. (2017): *Sino a quien conmigo va*. Madrid: Tigres de papel. Madrid, 2017.

iii-. Aparece acompañado del siguiente paratexto: "Respondiole el marinero / tal respuesta le fue a dar: / yo no digo esta canción / sino a quien conmigo va. (*Romance del Conde Arnaldos*)"

iv -. Escobar Sánchez, R. (2017): *Sino a quien conmigo va*, cit., págs. 17-69.

v-. Hallamos un paratexto que reza así: "A ti, amigo, no diré que se te ha dado un don. Los dones no existen o se consiguen a fuerza de trabajo, de suerte y de desgracias". (Alejandro Céspedes).

vi-. Aparece acompañado de cita paratextual que reproducimos y con dedicatoria a Silvia Gómez: "Si la caída del hombre entrañaba también la caída del lenguaje, ¿no será posible suponer que sería posible deshacer la caída, invertir sus efectos, deshaciendo la caída del lenguaje, esforzándose por recrear el lenguaje que se hablaba en el Edén? Si el hombre podía aprender ese lenguaje original de la inocencia, ¿no se seguía de ello que recobraría un estado de inocencia dentro de sí?" (Paul Auster, *Ciudad de cristal*)"

vii-. Acompañado de la siguiente aclaración paratextual y dedicado a Julia Isabel: "Sobre una canción infantil de Alfonso Agulló".

viii -. Vid. "Todas las fiestas de mañana" en op. cit., pág. 32 y 33.

ix-. Aparece acompañado de los siguientes versos de fray Luis de León: "Huid, contentos, de mi triste pecho/¿qué engaño os vuelve a do nunca pudistes/tener reposo ni hacer provecho?"

x -. Escobar Sánchez, R. (2017): *Sino a quien conmigo va*, cit., pág. 37 y ss.

xi-. Acompañado de la siguiente referencia: "Con Giacomo Leopardi"

xii -. Escobar Sánchez, R. (2017): *Sino a quien conmigo va*, cit., págs. 73-87

xiii -. *Ibíd.*, págs. 79 y ss.

xiv-. El paratexto reza así: "Con José Agustín Goytisolo"

xv -. Escobar Sánchez, R. (2017): *Sino a quien conmigo va*, cit., págs. 91-97.

xvi-. Dedicado a su madre, Vicenta Sánchez.

xvii -. Escobar Sánchez, R. (2017): *Sino a quien conmigo va*, cit., pág. 101-110.

xviii -. *Ibíd.*, pág. 110 y ss.

xix -. *Ibíd.*, pág. 113 -117.

xx-. Acompañado del texto que aquí se explicita y dedicado a Encarna Ortega: "La maldad humana divide en partes lo que es uno y simple por naturaleza. Por eso, al tratar de obtener parte de algo que no tiene partes, termina no consiguiendo ni la parte, que no es nada, ni el todo, que no se busca". (Boecio, 524 o 525, desde la cárcel de Pavía)